

# MERLINA

The word 'MERLINA' is written in a large, black, serif font, arched over. A spiderweb is drawn across the letters, with a small spider perched on the letter 'I'.

UNA COMPAÑERA  
DE CLASE MUY ESPECIAL

Título original: *Stregbeta. Una strana compagna di banco*

Texto de Gisella Laterza

© 2022 Book on a Tree Limited

Una historia de Book on a Tree

[www.bookonatree.com](http://www.bookonatree.com)

Ilustraciones de Stefano Tambellini

© 2022, Marta Gil Santacana, por la traducción

ISBN: 978-84-18538-82-7

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 9.388-2022

© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: octubre de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

[www.duomoedizioni.com](http://www.duomoedizioni.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Diseño gráfico: Giulia Voltini

Maquetación: Endoradisseny

Impreso en Grafica Veneta S.p.A., Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

**GISELLA LATERZA**



Ilustraciones de Stefano Tambellini

Traducción de Marta Gil Santacana



Duomo ediciones





## CAPÍTULO 1

### Casas raras y niñas boca abajo

En el pequeño pueblo de Villaclara, todo el mundo repetía sin cesar: «Aquí no pasa nunca nada de nada». A los señores Donato siempre les gustaba repetir a vecinos y amigos: «Es un lugar realmente perfecto para criar a los niños. ¡Tan seguro, tan tranquilo!».

Imaginaos su sorpresa cuando, de la noche a la mañana, apareció una casa. Enterita. De la nada.

No había ni el más mínimo rastro de un albañil o de un cartel, y sin embargo ahí estaba, justo en la entrada del valle, donde el río dibujaba un meandro

para ir a desembocar al mar. La casa había aparecido justo en la orilla opuesta a la de la familia Donato.

—Lucía, ¿esa casa siempre ha estado ahí? —preguntó el señor Donato.

—¿Ahí dónde, Manuel? —respondió amablemente su mujer, mientras leía el periódico.

—En la otra orilla. ¿La ves? —continuó el señor Donato, limpiándose las gafas con la camisa.

También Paula miró por la ventana y la vio.

Era una casa de tres plantas, con un aspecto un poco raro. Por todas partes brotaban chimeneas y pequeñas torres, y componía una estructura más bien extravagante. Ventanas de todas las formas y dimensiones se abrían aquí y allá como ojos de una cara curiosa. Los muros eran de piedra oscura, ennegrecida por el tiempo. La casa no parecía muy estable. Era como una bailarina que tras una pirueta en el aire hubiera aterrizado en el suelo medio torcida, y aun así sonriente.

—Parece un castillo —dijo Paula.

—A saber quién vive ahí —comentó su madre.

—Francamente, no creo que en esa casa pueda vivir nadie —murmuró su padre—. De todos modos, juraría que ayer no estaba.

—Quizá antes quedaba oculta tras los árboles



y no nos habíamos fijado en ella —dijo su madre.

—Sea como sea, Paula —intervino su padre, que se había recolocado las gafas sobre el puente de la nariz—, date prisa o llegarás tarde al colegio.

La niña cogió el periódico y salió de casa mientras sus padres seguían hablando de los nuevos vecinos. Tomó el caminito que conducía a la entrada y cerró la verja al salir. Ahí esperó el autobús, que pasó poco después.

El conductor la saludó como cada mañana y se puso de nuevo en marcha. Avanzó en paralelo al río y luego giró por la calle que conducía a la plaza del pueblo. Pasó el quiosco y la floristería, y finalmente llegó al colegio.

Paula estaba de mal humor. Sus amigas de toda la vida, Isabel y Sofía, estaban en la clase A. Mientras que ella iba a la clase B. Hacía años que en Villaclara no había una clase B. Era evidente que se trataba de un complot para separarlas. Una injusticia. Siempre habían ido juntas. Y ahora, en cambio, Paula había acabado con esa antipática de Anabel y el mentecato de su hermano.

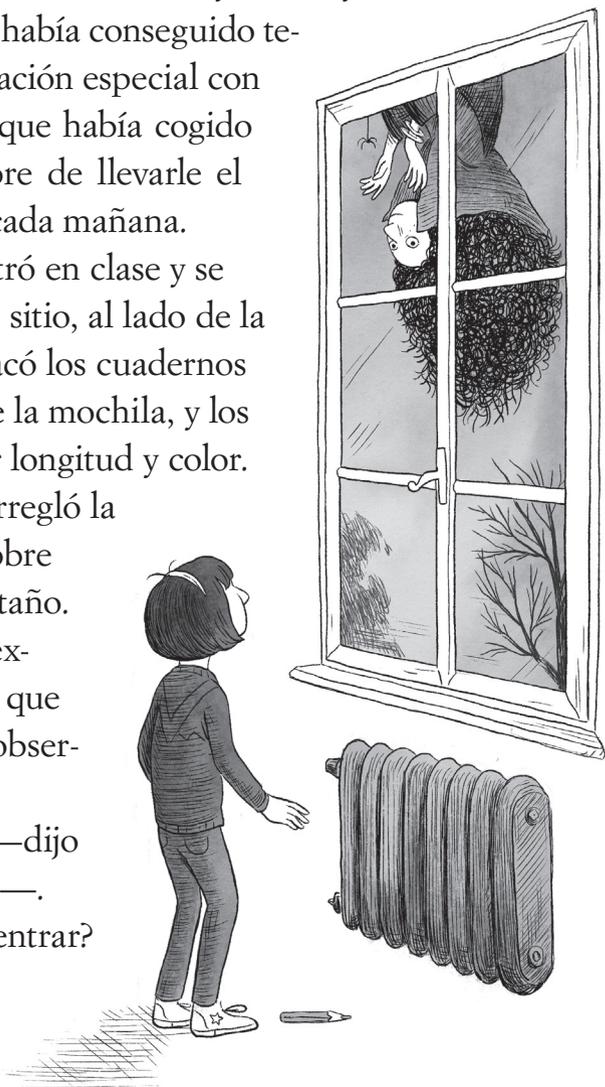
Solo podía estar con sus amigas los cinco minutos antes de que sonara el timbre, y a veces incluso menos.

Pero ese día, cuando llegó al colegio, aún no estaban y aunque el timbre todavía no había sonado, la señora Julia la hizo entrar. La conserje siempre parecía estar de mal humor y era muy seca, pero Paula había conseguido tener una relación especial con ella desde que había cogido la costumbre de llevarle el periódico cada mañana.

Paula entró en clase y se sentó en su sitio, al lado de la ventana. Sacó los cuadernos y lápices de la mochila, y los ordenó por longitud y color. Luego se arregló la diadema sobre su pelo castaño.

Miró al exterior y vio que alguien la observaba.

—Hola —dijo ese alguien—.  
¿Me dejas entrar?



Al otro lado del cristal, había una niña colgada de quién sabe dónde balanceándose boca abajo y mirando fijamente a Paula con sus grandes y sonrientes ojos azules. Con un movimiento elegante, dio media vuelta y aterrizó de pie sobre la cornisa, suspendida en el vacío.

Paula nunca había visto a una niña mantenerse en equilibrio sobre la cornisa. Ni tampoco había visto nunca a esa niña. La recién llegada tenía una melena de rizos negros y rebeldes que apuntaban en todas direcciones. Llevaba un vestido largo de color violeta, que le iba más bien grande, y una capa que le cubría los hombros y era del mismo color, con algunos parches rojos aquí y allá. También lucía algunas pulseras brillantes en la muñeca. Detrás de la oreja, llevaba un bolígrafo con el tapón en forma de estrella.

Paula se quedó tan sorprendida que le abrió la ventana.

La desconocida entró como el viento.

—¡Muchas gracias! —dijo con entusiasmo—. Soy Merlina.



## CAPÍTULO 2

### Mágico cambio de color

—¿Pero cómo lo has hecho? —balbuceó Paula, tan sorprendida que ni siquiera se presentó.

Por suerte, la clase aún estaba vacía. Solo había algunos compañeros en el pasillo aprovechando para hablar un ratito antes de entrar.

Merlina pareció igual de sorprendida.

—¿Cómo he hecho *el qué*?

—¡Has entrado *por la ventana!* —exclamó Paula.

—¿Y qué, está prohibido? —contestó la otra—. A mí me parece lo más lógico si aterrizas en el tejado.

—¿Que has aterrizado, dices? ¿En el tejado?

—Ah, ya lo entiendo. Ya veo que tampoco se entra por el tejado. Vaya, ¿he vuelto a meter la pata? Mamá se va enfadar muchísimo... ¿Pero cómo podía saber yo que...? —continuó Merlina, y luego murmuró—: Perdona, de donde yo vengo, las cosas son un poco distintas. Prometo que no entraré más por el tejado si aquí no se hace. Pero no se lo digas a nadie, ¿de acuerdo? Sobre todo a mi mamá, o me meteré en un buen lío. ¿Me lo prometes? —Y le tendió la mano con el meñique levantado.

Paula no había comprendido muy bien la situación ni tampoco las alusiones al origen de esa niña. Pero un meñique levantado implicaba una promesa, y eso era lenguaje universal.

—Te lo prometo. Me llamo Paula —respondió, entrelazando su meñique con el de Merlina—. Pero luego, cuando no haya nadie, me explicas cómo lo has hecho, ¿vale?

—Si me guardas el secreto —susurró la otra. Y miró a Paula con sus grandes ojos verdes, curiosos y brillantes.

Al verlos, Paula se sobresaltó.

—Tus ojos... Hace solo un momento eran azules.

—¿Y ahora no?

—Ahora parecen verdes...

—¡Anda! —exclamó Merlina—. Mi papá también me lo dice, que me cambian de color de vez en cuando. ¿A ti no te pasa?

Paula no tuvo tiempo de responder porque de repente sonó el timbre.

Todos los alumnos se sentaron en sus pupitres. Merlina se quedó parada y Paula le echó un cable:

—Siéntate aquí, a mi lado. Elisa no ha venido hoy.

Merlina asintió, hizo lo que Paula le había sugerido y observó con curiosidad los lápices que había encima de la mesa.



—¿Y esto para qué es? —preguntó.

—Para coger mis apuntes.

—¿Y los cazas con esto?

—No estaría mal. Hablas como si no hubieras pisado un colegio en tu vida —le comentó Paula—. Escucha. De ahora en adelante, tú haz lo mismo que yo.

Merlina suspiró aliviada.

—Qué suerte haberte encontrado. Gracias por la ayuda. Menos mal que estás tú, que me explicarás cómo va todo.

Paula se sonrojó.

—Ya ves.

—No pensaba que fuera a conocer a alguien ya el primer día, ¿sabes? —continuó Merlina—. No suelo ser muy hábil con los seres huma..., con las PERSONAS. Pero ya verás cómo mejoro. Mientras tanto, muchas gracias. Si mi mamá me deja, hoy te invito a mi casa.

—¿Dónde vives?

—En Villa Applepot. Nos hemos trasladado esta misma noche con toda la casa. Está en la entrada del valle, donde el río dibuja un meandro antes de desembocar al mar.

—Ah, sí. La casa nueva, la que ha aparecido esta

noche —dijo Paula, con toda la tranquilidad de la que fue capaz.

—Exacto —respondió Merlina.

Después de eso, ¿qué más podía ocurrir?